

**Reseña bibliográfica: Lida, Miranda, *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo 1900-1960*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2012, 182 pp.**

**Palabras claves:** Catolicismo de masas – El Pueblo – Diario católico

**Keywords:** Catholicism of masses – El Pueblo – Catholic journal

**L**a *rotativa de Dios* es una investigación que se inserta en una renovación de la historiografía de la Iglesia católica y de los actores asociados a ella. Una renovación que implica tanto la diversificación de las fuentes documentales como la forma de estudiarlas y (re)interpretarlas. En ese sentido, *El Pueblo* ya no es una fuente complementaria entre otros tantos recursos heurísticos posibles y disponibles, sino que deviene objeto de estudio en sí. Implica, lógicamente, una mayor complejidad en el quehacer del historiador dado que el objeto se construye de manera multidimensional. Así el desafío es analizar la frecuencia de aparición, secciones fijas, editoriales, estilo, registro discursivo, publicidad, cartas de lectores, concursos literarios, suscripciones, precio, etc. Por ello, *El Pueblo* es edificado por M. Lida en la intersección de la historia social y la historia cultural. La estudiosa explora tanto actores, sentidos e ideas como circuitos de venta, distribución y apropiación de la publicación. Se apoya, desde esta perspectiva, en un análisis crítico y minucioso, donde lo cultural se erige como una categoría distinta pero interrelacionada con lo económico, lo social y lo político.

En conclusión, el diario testimonia, como cualquier otra publicación, la existencia de un grupo social al tiempo que da cuenta de su modo de intervención pública. Aun con sus claroscuros es una vía de entrada privilegiada al colectivo social que pretende representar y a diversas redes de intelectuales, sensibilidades, vínculos personales o religiosos, sociabilidades compartidas, etc. Se puede esbozar que es el objeto de estudio ideal para una M. Lida académicamente obsesionada con el catolicismo de masas de comienzos de siglo XX.

*El Pueblo* creció a la par de Congresos Eucarísticos nacionales e internacionales y de la intempestiva expansión de las industrias culturales católicas. Ello en un contexto de creciente demanda, producto de la explosión demográfica, las migraciones internas, las expectativas de ascenso social de las masas y el propio crecimiento exponencial de la ciudad. En fin, una sociedad masificada que, a ojos del periódico, no poseía una sólida guía moral. Era necesario “dejar atrás más de cuarenta años de prensa doctrinaria y de ideas, para dar a luz una prensa católica de tipo popular, capaz de aceptar en su seno, incluso, las más frívolas aficiones del público, tales como el cine, el deporte y la moda”

(pág. 23). Por ello, “*El Pueblo* se presentaba como un diario socialmente inclusivo, con reminiscencias de tipo popular y democrático. La fórmula se fue sofisticando con el correr del tiempo, pero puede decirse que desde sus inicios estuvo presente este sesgo pretendidamente popular” (pág. 36). El lector y las parroquias eran a través de las nuevas técnicas fotográficas un protagonista exclusivo de sus páginas. El diario penetraría, en sintonía con la creciente intransigencia militante, las múltiples y diversas esferas de existencia de la grey católica.

La comparación con *Criterio*, nacida estrechamente vinculada a círculos artísticos e intelectuales del florecimiento cultural de los años 20, es un recurso que ilustra el registro discursivo, la circulación y la apropiación de *El Pueblo*, un diario católico exclusivamente de masas. Mientras que el diario atraía un público de masas, la revista se dirigía a círculos de intelectuales y era esta una diferencia significativa, que determinaría el rumbo y el estilo de ambas publicaciones. “*El Pueblo* tuvo que esforzarse por hacer de la doctrina algo atractivo para un lector popular, fácil de leer para un público de masas sin mayor formación doctrinaria, teológica o dogmática, y sin especial predilección por este tipo de lecturas” (pág. 100).

Es un mérito perdurable de *La rotativa de Dios* la ruptura con visiones monolíticas del catolicismo de comienzos de siglo XX. *El Pueblo* no era ni representaba al Episcopado argentino. M. Lida ilumina, a contracorriente del arraigado consenso académico, que “la publicación de los documentos oficiales de la Iglesia no lo convertía en una correa de transmisión de las ideas de jerarquía, como si estas pudieran ser definidas de manera compacta y homogénea. Si bien es cierto que, por momentos, su discurso se volvió bastante homogéneo y monocorde, cual si fuera una homilía, *El Pueblo* no se limitó a ser un transmisor del sentir y el pensar de los obispos” (pág. 14). M. Lida sitúa adecuadamente a *El Pueblo* en la constelación de instituciones católicas tales como *Criterio*, la Acción Católica Argentina, los Círculos de Obreros, la Unión Popular Católica Argentina y la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, entre otras y en el despliegue del dispositivo integral. Un gesto exegético por parte de la estudiosa que da cuenta de un proceso que no fue dirigido por una racionalidad unívoca u omnipotente. *El Pueblo* simbolizaba, en definitiva, la cruzada intransigente llana, simple y concreta, asequible a las mayorías. En momentos alineado a la voluntad episcopal y en otros en clara tensión.

A su vez, otro gran aporte de *La rotativa de Dios* es sostener que la publicación tampoco fue una rabiosa antiperonista. La relación con el peronismo fue compleja, plagada de luces y sombras, altos y bajos. Así indica que “a pesar de la estrechez financiera, las crecientes reducciones oficiales que se le imponían al periodismo en las cuotas del papel, las dificultades para la impresión y la circulación propias de los años de Perón, *El Pueblo* pudo todavía darse el lujo de sacar a la calle, en ocasiones, ediciones extraordinarias con importante número de páginas y soñar con una nueva era de progreso que incluía nada menos que una completa renovación tecnológica” (pág. 142). *El Pueblo* tenía la intención de continuar su labor independientemente del

proceso político en desarrollo, de allí la consolidación de un registro atenuado y neutral en sus páginas. Por ello, no es inadecuada la propuesta, a modo de hipótesis, de M. Lida cuando indica que el cierre forzoso fue producto de la reproducción en tapa de una masiva convocatoria de sesgo antiperonista, un recurso habitual y exitoso en la década de 1930.

El retorno de *El Pueblo*, a la luz de la Revolución Libertadora, recrudesció su discurso y selló, de una u otra forma, su destino. Su proyecto de cristiandad en un mundo católico estallado que perfilaba al Concilio Vaticano II se vio claramente agotado. Así “todas sus innovaciones periodísticas que en los años 30 habían hecho de él un diario moderno, casi a la vanguardia, envejecieron y resultaron arcaicos veinticinco años después. La propia idea de publicar un diario católico resultaba arcaica hacia 1960, y más si se pretendía que fuera de carácter comercial y con una mínima capacidad de competir en el mercado” (pág. 177).

En definitiva, *La rotativa de Dios* es una sana evidencia intelectual de la necesidad de cuestionar los consensos académicos naturalizados y la fructífera renovación historiográfica actual.

Sebastián Pattin  
(Universidad de Buenos Aires – Universidad Nacional de Luján)  
spattin@hotmail.com